

se le aplica castigo físico alguno y hasta se le tolera que aprenda a leer y a escribir. Aún más afortunado que Francisco, Juan Francisco vive una corta pero feliz infancia al lado de la marquesa de Jústiz –caso excepcional de propietaria de esclavos–, que más que ama fue una especie de segunda madre para el futuro poeta. Su cariño hacia el niño llegaba al punto de no permitir que ni siquiera su propio padre le pusiera la mano encima. Pero –y en esto más desgraciado que Francisco– a los 11 años termina su infancia y su dicha cuando muere su protectora y él es vendido a la marquesa de Prado Ameno. No obstante su bucólico nombre, esta mujer es un ejemplar típico de la fauna esclavófila y equivalió en la existencia de Manzano al Ricardo Mendizábal de la novela *Francisco*. También ella ordenó azotarlo, meterlo en el cepo, hacerle padecer todo el rigor que ejercía sobre los esclavos agrícolas en sus plantaciones azucareras. Y como Francisco, Juan Francisco soporta calladamente la teoría de castigos, vejaciones y crueldades que se cometen contra él. No le conocemos otras rebeldías que aquel ciego furor que le asalta cuando ve a su madre azotada por el mayoral, abuso que lo transforma, como él mismo lo relata, «de un manso cordero en un león», y el intento de fuga de la finca de Madruga donde se encuentra castigado, episodio con que finaliza la primera parte –y única que ha llegado hasta nosotros– de su *Autobiografía*.

Pero lo que resalta de esta analogía, lo que es verdaderamente significativo en ella, muchísimo más importante que cualquier aproximación anecdótica entre sus vidas, es la condición humana que evidencian tanto el personaje ficticio como el real. Ante todo, ninguno de los dos es una bestia, un bruto, una máquina de trabajo –que era la imagen que los esclavistas pretendían dar del negro– sino hombres en la total acepción de esta palabra. Manzano es un bofetón en el rostro del esclavizador que le niega al negro sensibilidad e inteligencia; Francisco lo marca igualmente al rojo vivo. Aún los reproches que se le han dirigido al personaje de Suárez, tildando su psicología, su lenguaje y su comportamiento de inauténticos, responden en el fondo al propósito del escritor de poner de manifiesto que en el negro existían cualidades espirituales que el amo quería exhibir como privativas del blanco; incluso que esas cualidades podían ser superiores, pues de la más somera comparación entre Ricardo y Francisco se hace patente que el insensible es el primero, el bruto y el más despiadado. La nobleza de Francisco lo sitúa en un alto escalón de la especie humana, la degradación del joven hacendado coloca a éste a ras de la bestia. Por supuesto, los tintes están cargados y es el ánimo antiesclavista, quizás abolicionista, del autor de *Francisco* quien intensifica el color.

## II

No obstante que Madden tradujo al inglés y publicó solamente la *Autobiografía*, ya que para sus objetivos el testimonio de Manzano resultaba más impactante por tratarse de la confesión real de un esclavo, de un documento verídico, *Francisco* ha quedado en la historia de la literatura cubana como la primera novela antiesclavista. Y no sólo cubana, sino de la América entera, pues más de una decena de años antes de que viera la luz *La cabaña del Tío Tom*, de Harriet Beecher, ya estaba escrita, y antecede en dos al *Sab* de la Avellaneda, y únicamente la primera versión de *Cecilia Valdés* —versión que difícilmente puede ser considerada antiesclavista— es su contemporánea.

No es una gran novela, por supuesto; como ha sido señalado<sup>5</sup> oscila entre el romanticismo y el realismo. Romántica es la trama, el trágico amor entre Francisco y Dorotea, y realista la descripción de la existencia esclava en las fábricas de azúcar. Aquí radica el mérito mayor de la obra, y es lástima que el agudo observador que era Anselmo Suárez no haya ensanchado más este cuadro, pues podía hacerlo, como lo prueban sus minuciosos artículos de costumbres, sobre todo aquellos en los que pinta la vida en el ingenio y en el campo. La excesiva concentración en el conflicto, en el triángulo amoroso, reduce el marco. Pero hay que tener en cuenta que el autor de *Francisco* es un joven que no alcanza los veinte años y que carece casi por completo de experiencia literaria, pues todo lo que narrativamente ha pergeñado hasta entonces es una endeble novelita titulada *Carlota Valdés*. Su habilidad para colorear el mundo esclavista rural le viene del conocimiento directo que posee de los ingenios y de su sincero aborrecimiento hacia la esclavitud. «Yo he vivido en ingenios —le escribe a José Jacinto Milanés— los he visto desde chico, y después que los he mirado con ojos más claros, casi se me han saltado las lágrimas al ver tanto de extravío, tanto de inhumanidad y de fiereza».

Reside en el campo, en Puentes Grandes, cuando empieza a redactar *Francisco*, y es en un ingenio, el Surinam, de Güines, donde la continúa hasta concluir la. ¿Y qué observa allí mientras traslada al papel imágenes que le llegan desde la infancia o que no necesita evocar porque siguen presentes ante él, pero que ahora puede ver «con ojos más claros»? Oigámoslo de sus propios labios: «Aislados en el ingenio, sin ver de día y de noche más que enormes fábricas, monótonas y sin gusto, el batey, los cañavera-

<sup>5</sup> Carta a José Jacinto Milanés, noviembre 12 de 1838, apéndices a *Francisco*, La Habana, 1974.

les, y luego para acabar de entristecer el cuadro, sin ver otro espectáculo que el de hombres infelices trabajando incesantemente para otros –puede Vd. imaginarse qué a gusto estaré yo en esta soledad, donde desde que uno se levanta hasta que se acuesta sólo tiene delante escenas lastimosas. Y en balde es salir del ingenio y trasladarse a otras fincas, pues en todas partes hay esclavos y señores, en todas hay mayores, que es lo mismo que decir que donde quiera gime una raza de hombres desgraciados bajo el poder de otra raza más feliz que se aprovecha, inhumana, de sus afanes y sudores»<sup>6</sup>. Aunque pálido, inseguro, no precisado, vemos aquí un atisbo de comprensión de que el problema esclavista no es sólo racial sino fundamentalmente económico. Se esclaviza al negro no porque sea inferior racialmente al blanco, sino para utilizarlo como una máquina de trabajo. Mas a Anselmo Suárez lo arrastran motivaciones éticas que, no obstante, no menguan su ardor: «Por eso es menester pintarlos –clama refiriéndose a la existencia infernal en los ingenios–, pintar a los mayores, a los mayordomos, a los médicos, a todos sus operarios, a los mismos dueños, que poco les aventajan en este particular»<sup>7</sup>. Es ese sentimiento profundo y veraz de repudio al régimen esclavista, más que la demanda de Domingo del Monte –que en última instancia no obra sino como resorte– lo que le impulsa a escribir su novela; sentimiento que no abandonará nunca, que conservará hasta el último día de su vida, pues en 1875, tres años antes de morir, todavía confesaba que *Francisco* «brotó como un involuntario sollozo de mi alma al volver la vista hacia las escenas de la esclavitud», y seguía calificando a ésta de «institución horrenda»<sup>8</sup>.

La confesión del escritor y otras declaraciones suyas parecidas («En cuanto al fin de la obra, no le cabrá duda en cual sea aliviar la suerte desgraciada de los negros, sacando a la cara de los blancos los colores de la vergüenza...»<sup>9</sup> «... sólo la emprendí [la obra] por ver si prestaba algún servicio a causa tan sagrada...»<sup>10</sup>) nos permiten filiar conceptualmente la novela: es una denuncia de la esclavitud, pero que arranca de un principio moral, humanitario: pide justicia para la masa de negros esclavos, mas se la pide a sus amos; no intenta insubordinar a los serviles ni alterar violentamente el régimen esclavista. Esto es cierto, y la lectura del libro así como toda la documentación que tenemos sobre él, lo corrobora. Ahora bien, su

<sup>6</sup> Anselmo Suárez y Romero, «Advertencia», en Francisco, *La Habana*, 1947, (aparece también en la edición de 1974).

<sup>7</sup> Carta citada a José Jacinto Milanés.

<sup>8</sup> Carta citada a Domingo del Monte.

<sup>9</sup> Cita de Israel Moliner en *Obras de Juan Francisco Manzano*, *La Habana*, 1972.

<sup>10</sup> «Advertencia», loc. cit.